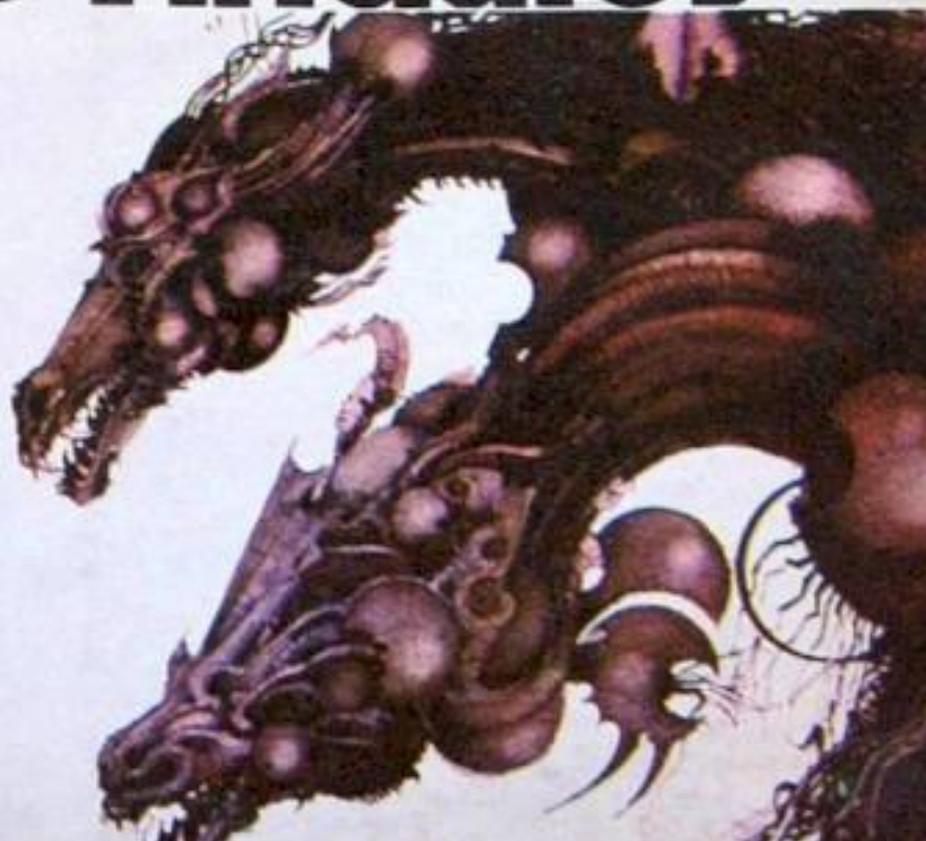


**Frank
Belknap
Long:
Los sabuesos
de Tíndalos**



He aquí diecisiete relatos de fantasía, horror y ciencia ficción por un reconocido maestro del género. *Los sabuesos de Tíndalos* es uno de los primeros y más famosos cuentos producido por el «Círculo Lovecraft», en tanto que *Los devoradores de espacio* incluye una víctima sorprendente: Howard, un escritor de literatura de horror cuya caracterización divirtió enormemente al maestro HPL.

La mayoría de estos relatos extraños aparecieron en la ahora legendaria revista *Weird Tales*, y desde su publicación no han dejado de reeditarse, una demostración de que su autor fue uno de los más notables escritores de literatura macabra. Cada relato está precedido por una introducción de Long, que nos cuenta cómo influyeron en él H. G. Wells, Poe y Lovecraft, y cómo se cimentó su amistad con los jóvenes autores de entonces: Isaac Asimov, Ray Bradbury, Theodore Sturgeon y Robert Bloch.

«... Los seres humanos tal como los conocemos son meras fracciones, fracciones infinitesimalmente pequeñas de un todo enorme. Todo ser humano está ligado con toda la vida que los ha precedido en este planeta. Todos sus antepasados forman parte de él. Sólo el tiempo es una ilusión y no existe.»

Introducción

En los cócteles y otras reuniones sociales —¡con frecuencia de carácter tan animado!— ser presentado como escritor rara vez deja de provocar interés. Pero cuando uno es presentado como escritor de ciencia-ficción, con un alerta ojo de cazador apuntando sobre las criaturas fantásticas o macabras que a veces surgen de los portales de lo desconocido, ese interés puede adquirir una cualidad especial.

Casi con seguridad sigue un interrogatorio, y pocos escritores de ciencia-ficción o fantasía escaparían a la obligación de hablar sobre ellos y su oficio en tales ocasiones. A mí nunca deja de darme placer. Pero aparte de todo eso, existe una obligación que todo escritor de los dos o uno de estos géneros estrechamente relacionados tiene para con sus colegas. A pesar de la gran popularidad creciente de esta rama particular de la narrativa, siempre hay necesidad de nuevos voceros/defensores. En realidad, no puedo pensar en ninguna actividad humana, desde la pintura hasta la cirugía plástica o la aeronáutica, en la que no se presente una necesidad semejante.

Por lo general las preguntas son expresadas como sigue: «¿De dónde saca las ideas para sus relatos? Usted debe de tener una imaginación extraordinaria. ¿Qué lo llevó a emprender este tipo de género en un principio?».

Uno vislumbra que se está en presencia de la búsqueda de una confirmación más que de una pregunta en sentido estricto. Por supuesto, es muy halagador que crean que uno es imaginativo, y esa frase puede ser despachada con un complacido encogimiento de hombros o con una nega-

ción apropiadamente modesta. En cuanto a la fuente de nuestras ideas... bueno, el problema puede resolverse con una sencilla declaración. En mi caso sería: «En su mayor caso, las ideas de los relatos se me presentan, eso es todo. Tienen que ser desarrolladas y ese desarrollo puede presentar largas horas de estructuración y paciente investigación. Pero no siempre. A veces los relatos parecen escribirse solos, con gran rapidez, de tal modo que la escritura se transforma en un proceso casi inconsciente, automático».

Por desgracia, la última pregunta es mucho más difícil de contestar. No estoy seguro de conocer, con absoluta certeza, cómo empezó todo. Si fuera a contestarla, lo mejor que pueda, tendría que retroceder a los años de mi infancia y considerar cuánto —o cuán poco— influyeron mi herencia, mis primeras lecturas, las aficiones de la preadolescencia y mis amigos íntimos de ese período en mi decisión de convertirme en escritor y, más específicamente, en escritor de ciencia-ficción y fantasía.

Nunca le he asignado demasiada importancia a las influencias ancestrales. En muchos casos eluden la explicación o el análisis, aunque sólo fuese porque se diferencian con tanta frecuencia de nuestros impulsos emocionales o nuestra forma de encarar la realidad.

Como H. P. Lovecraft, provengo de una antigua familia de Nueva Inglaterra por parte de madre, y de una antigua familia neoyorquina por parte de padre. En términos generales, mis antepasados fueron soldados y/o empresarios industriales que hicieron y perdieron varias fortunas. He buscado inútilmente antecesores con cualidades que se asocien por lo común con el temperamento artístico, una rebeldía a lo Thoreau, pautas de comportamiento poco convencionales o al menos cierta manifestación de inquietudes bohemias o de falta de previsión que tiendan a apoyar lo que me gustaría creer acerca de al menos unos pocos de mis antecesores.

Pero el costado tenazmente heterodoxo, independiente de uno de ellos lo convirtió en alguien destacado que, como mi abuelo paterno, estuvo asociado, en un sentido pintoresco, con aspectos de la historia norteamericana. Y supongo que eso puede volver los primeros pensamientos de un muchacho en dirección al acto de escribir, aunque sólo fuese porque le permite pensar en el pasado como en algo más estrechamente entrelazado con sus primeras exploraciones imaginarias de la realidad que lo que podría haber sido en otras circunstancias.

Edward Doty, un antepasado materno directo, fue tal vez el único rebelde no puritano auténtico y acérrimo del *Mayflower*^[1]: un muchacho de Londres que había sido tomado como aprendiz por una familia de Peregrinos, tuvo trece hijos (¡un número poco desafortunado, siempre esperé en este caso en especial!), fue incluido en el árbol genealógico y fue el primer hombre en batirse a duelo en el continente americano. Yo no sabía que los Peregrinos se habían batido a duelo hasta que mi madre me mostró el árbol genealógico de los Doty, compuesto por mi bisabuelo, cuando yo tenía ocho o nueve años.

Mi abuelo materno, Charles O. Long, un constructor, asociado con la King Construction Company, erigió el pedestal de la Estatua de la Libertad. Lo enviaron desde Francia dividido en una cantidad de bloques que había que volver a unir. Fue superintendente de la Estatua durante varios años, hasta que la administración de la misma pasó de la ciudad de Nueva York al gobierno federal. Aún poseo un volumen de la ceremonia de descubrimiento, dedicado a él por tres integrantes del gabinete y dos generales, y pegado en la parte interior de la tapa hay un recorte amarillento de la sección de necrológicas de un periódico neoyorquino: «Muere el Guardián de la Libertad». En otros tiempos mi padre tuvo las banderas francesas y norteamericanas envueltas alrededor de la antorcha en el momento en que descubrieron la estatua, y durante tres o cuatro años de su

juventud pescó lobinas listadas desde un muelle hace largo tiempo desaparecido de la Isla de la Libertad. (Hubo un artículo de fondo sobre todo esto en el *World Telegram* de Nueva York, alrededor de 1938.)

Nací a principios de siglo, en una zona residencial de Harlem habitada, en su mayor parte, por comerciantes prósperos y jóvenes profesionales en busca de posición. Algunos pocos eran bastante ricos, pero en general se trataba de gente que vivía en una situación relativamente modesta. Mi padre era un dentista especializado en extracciones quirúrgicas. Cuando yo tenía dos años, nos mudamos de una antigua casa de piedra rojiza de la calle 128 a una construcción de ladrillo y madera bastante amplia, de la calle 130, donde pasé todos los años de mi infancia.

En la esquina de la calle 128 y la Quinta Avenida, se alzaba una mansión que iba a convertirse, años más tarde, en un sitio tan invadido por la tristeza y la tragedia como la *Casa de los Usher* de Poe. La ocupaban los Collyers, una antigua familia, algunos de cuyos integrantes se retrajeron poco a poco de la realidad y de todo contacto con el mundo externo hasta que los últimos sobrevivientes de la casa —dos hermanos ancianos— fueron encontrados muertos en el interior del laberinto autoconstruido, en forma de túnel, con periódicos viejos, volúmenes encuadernados en cuero de un pasado erudito y otras reliquias que provenían de épocas pasadas.

Mi padre conocía y hablaba a menudo con integrantes del clan de los Collyer, y años después fui atraído otra vez a la escena por la publicidad periodística el mismo día en que iban a retirar el último de los dos cadáveres. Estaba parado directamente frente a la mansión y observé las acciones de la policía, hasta que la siniestra tarea me hizo decidir que ya había presenciado bastante.

Dejaré que otros decidan si haber oído hablar de los Collyer en mi infancia tuvo algo que ver con mi inclinación ocasional a escribir relatos de horror sobrenatural. Pero la

idea de que había vivido al lado de ellos estaba muy presente en mí cuando desapareció la herencia de los Collyer, al menos en nuestro fragmento particular de espacio-tiempo, de modo tan terrible.

Tuve lo que se solía describir —y aún se lo hace hasta cierto punto— como una infancia «típicamente americana», aunque en la ciudad de Nueva York no coincidía para nada con la de alguien que viviese en la Costa Oeste, o en Kansas, el Sur Profundo o cualquier otra localidad.

En un cuarto para niños de los pisos superiores hubo animales circenses de madera acompañados por su maestro de ceremonias, camiones de bombero de juguete, trenes, osos de paño y zarigüeyas embalsamadas hasta la edad de cinco años, seguidos por el jardín de infancia y el aprendizaje de la lectura con ayuda de libros de imágenes: «Esto es un caballo. Esto es un tiburón cabeza-de-martillo».

En los años subsiguientes me dediqué a las actividades del chico promedio en edad escolar: deportes en baldíos (béisbol en mi caso), filatelia, ciclismo, patinaje, y —ahora esta gran alegría de la infancia se ha vuelto obsoleta— al almacenamiento de petardos y buscapíés, algunos de tamaño casi apropiado para cañones pequeños, durante tres o cuatro meses para hacerlos estallar todos en el Día de la Independencia, con gran riesgo de la vida y de los miembros.

También hubo grandes fogatas, que ardían hasta tarde en la noche del Día de las Elecciones.

En aquellos tiempos, tan lejanos, era yo un personaje tan desordenado como los demás chicos de la manzana, pero también tenía un costado estudioso, meditabundo, levemente retraído e introspectivo en mi carácter. Leía muchos libros y me sentía inclinado a elegir como amigos íntimos, a los que exhibían cierta evidencia de selección previa al elegir sus libros.

Como H. P. Lovecraft, leí muy pocos libros para niños —de hecho, él no leyó ninguno— pero me sentí atraído en

cambio hacia la literatura adulta desde muy temprano. Aunque leí todos los libros de Oz, las *Historias dos veces contadas* de Hawthorne, y las Antiguas Rimas Infantiles Inglesas ininidad de veces entre los seis y los once años. Y, por supuesto, los Caballeros de la Tabla Redonda fueron mis compañeros íntimos durante todos esos años. Conocí a los Hermanos Grimm a temprana edad, pero si los Grimm imaginaron alguna vez que escribían para los niños, tienen que haber contado con una notable capacidad de autoengaño. Algunos de esos engendros siniestros, demoníacos, colmilludos y goteando veneno, aún me obsesionan.

Las influencias infantiles forman parte de este informe, porque no puede descartarse con liviandad su importancia. Lo que leí en la infancia difícilmente pueda dejar de haber vuelto mis pensamientos, hasta cierto punto, en dirección a esas exploraciones espontáneas de lo desconocido acompañadas por una sensación de «expectativa riesgosa» — uno de los términos favoritos de Lovecraft— que, en cierto sentido, participan tanto en la escritura de la ciencia-ficción como en la escritura de lo fantástico en un plano de «ciudad dorada» o de relato de horror sobrenatural.

Fue Julio Verne quien me introdujo primero a la ciencia-ficción. No en persona, desde luego, aunque cuando leí *Veinte mil leguas de viaje submarino* por primera vez, sentí como si el propio autor hubiese entrado a la habitación, adoptado la expresión misteriosa, indómita del Capitán Nemo, y me hiciera gestos para acompañarlo en un viaje submarino de polo a polo. Uno o dos meses después de aceptar esa invitación, di la vuelta al mundo en ochenta días, seguida por un viaje a la órbita lunar que habría impuesto respeto a no pocos de nuestros astronautas actuales.

Esos libros pueden haber sido, en algunos aspectos, novelas de aventuras para muchachos; y Verne, al ser clasificado con frecuencia como ese tipo de escritor, ha sido tomado menos en serio como figura literaria que gigantes galos

del siglo diecinueve como Balzac y Hugo. De hecho, algunos críticos actuales lo ubicarían varios escalones por debajo de Wells y Stapledon en el género de la ciencia-ficción. Pero, a pesar de todo eso, eran novelas magníficas. Verne escribía con aprecio, no con desprecio por sus jóvenes lectores, y combinaba la intuición para lo maravilloso con una brillante erudición científica. No importa en absoluto que parte de esa ciencia sea caduca. Distaba de serlo en 1870, y con la misma frecuencia con que erró, fue asombrosamente profético, hecho que hasta los detractores de Verne se ven obligados a reconocer.

Poco después de leer todo Verne, me zambullí en H. G. Wells, empezando con *La guerra de los mundos* y siguiendo hasta *En los días del cometa* e incluso algunas de sus novelas sociológicas. Adquirí la firme convicción de que *La máquina del tiempo* y *El alimento de los dioses* eran las dos mejores novelas de ciencia ficción jamás escritas. Lo que se destaca particularmente en *El alimento de los dioses* es su estilo lúcido, evocador y completamente moderno; es Wells dando lo mejor de sí, y sin el menor rastro de sobreelaboración a pesar de su esplendor imaginativo. Si hubiese sido escrita hace cuatro o cinco años en vez de setenta, se la habría considerado como integrada por completo a los caminos actuales de la ciencia-ficción, con unas pocas diferencias menores.

Aún hoy mi admiración por esas dos novelas no ha decrecido, aunque hay una docena de novelas de ciencia-ficción contemporánea leídas en los últimos años que me gustan más. Pero me gustan más sólo porque tratan asuntos que son más vitales para la persona que soy ahora, que todos somos ahora, desde el experimento de Nuevo México, los alunizajes, y de todos los desarrollos actuales en el campo de la exploración interplanetaria. Y también porque los científicos en general han efectuado avances de la misma importancia en docenas de otras direcciones, que incluyen la reciente revelación del código genético y el conoci-

miento en constante aceleración del comportamiento animal y la psicología humana, que obligarían hasta a un Wells anciano a gastar una fortuna en llamadas telefónicas a Julian Huxley, sin detenerse ni a recobrar el aliento.

Sin embargo, a pesar de todas las lecturas de la infancia, fue probablemente el hecho de conocer y hablar con Howard Phillips Lovecraft en mis años adolescentes lo que inclinó en realidad los platillos de la balanza e hizo que fuera prácticamente inevitable que me convirtiera en escritor de ciencia-ficción y fantasía. Pero hay otra influencia temprana que debe considerarse primero, dado que tuvo cierta relación con lo que sigue.

A partir de la edad de trece años, mi ambición de muchacho fue ser naturalista y explorar las grandes selvas lluviosas del Amazonas. Podría haber sido el Congo si incluso en esa época el Congo no hubiese llegado a ser una modificación de los que había sido medio siglo antes, una especie de reserva de juegos, de atracción y, si yo no hubiese leído *El naturalista en el río Amazonas* de Bates, un libro sólo comparable a *El viaje del Beagle*. Así que me acostumbré a vagar por las galerías del Museo Norteamericano de Historia Natural y a hacer visitas frecuentes al Jardín Zoológico del Bronx. Y en una de mis visitas al zoo llevé conmigo los poemas y relatos de Poe, en dos gruesos volúmenes. Lo que tenía en mente era acomodarme en un banco entre el agradable verdor primaveral de la zona boscosa que se extendía sobre la ribera opuesta del río Bronx y pasar el resto de la tarde leyendo.

Estaba familiarizado con Poe, desde luego, pero nunca antes había leído más de unos pocos relatos de una sola vez, y había ocho o diez de ellos, en particular poemas en prosa como «Sombra», que nunca había leído. (A pesar del hecho de que había leído una biografía de Poe en la que todos los títulos aparecían con regularidad. Pero a veces las lecturas de un muchacho pueden ser erráticas.) Para hacer breve una larga historia (¡retruécano involuntario!), nunca

había advertido hasta entonces la fuerza del encantamiento que Poe podía proyectar. Cuando el crepúsculo empezó a profundizarse alrededor de mí, me alcé del banco en trance, bajo lo que parecía un sombrío cielo de noviembre, y me resultó difícil desechar la ilusión de que una vaporosa niebla blanca se elevaba sobre la ribera opuesta, haciendo que los árboles adquiriesen un aspecto fantasmal y las lejanas luces de la ciudad brillaran rojas y dispersas en lo profundo de esa nebulosa, como los ojos feroces de demonios que surgían lentamente.

Aunque ocurría varios años antes, en la primera carta que recibí de Lovecraft, una mención a Poe que él hacía me trajo otra vez a la mente aquella tarde con un escalofrío. Más tarde nunca dejé de compartir su convicción de que entre los grandes maestros norteamericanos de lo macabro Poe había sido el mayor.

La mención a Poe de su primera carta es de considerable importancia, porque de ella depende un relato fundamental. Cuando tenía quince años escribí un ensayo para una revista para niños —creo que se llamaba *The Boy's World* (El mundo de los niños)— que ganó el primer premio en un concurso mensual para lectores. Eso hizo que me invitaran a unirme a la Asociación de Prensa Aficionada Unida, y unos seis meses después compuse un relato, «The Eye Above the Mantel», y lo envié a *The United Amateur*, el boletín oficial de la asociación. Lo aceptaron y lo publicaron, y Lovecraft, que era quizás el Periodista Aficionado más activo de ese período —nunca permitía que un recién llegado se sintiera disminuido— me escribió de inmediato, con ese bondadoso estilo que inspiraba gratitud con que alentaba a los jóvenes. Llegaba a afirmar que el relato le recordaba a «Sombras» de Poe y esperaba que pronto escribiera más cuentos similares.

No sólo hubo otros dos, ambos publicados en *The United Amateur*, sino que la correspondencia que empecé con HPL en esa época siguió hasta su muerte en 1937 y re-

sultó en el intercambio de más de mil cartas, en no pocos casos de más de ochenta páginas manuscritas.

Poco más tarde, HPL llegó a la ciudad de Nueva York para una breve visita, y más tarde aún, inmediatamente después de su matrimonio, para la estadía más prolongada que desde entonces se ha convertido en una especie de leyenda literaria. Fue durante ese período que escribió «El horror de Red Hook», una pequeña obra maestra en su tipo dentro del género macabro, aunque ni remotamente comparable a los relatos de los *Mitos de Cthulhu*, posteriores y mucho más importantes.

Nueva York seguía siendo para él una ciudad encantada cuando visitamos la Cabaña de Poe en Fordham, acompañados por James F. Morton, que iba a convertirse más adelante en el conservador del Museo Paterson. Cuando llegamos a la cabaña, HPL extrajo su relato más reciente, «Hipnos», del valijín de cuero negro como un cuervo que siempre prefirió a un portafolios, y lo dedicó a Poe. Aún puedo recordar sus palabras exactas:

—El pasado, el pasado —dijo, con un gesto hacia la cabaña—. Nunca habrá otro Poe.

Nos acompañaba en esa excursión un cuarto admirador de Poe aficionado a la fotografía, y fue él quien tomó una instantánea de HPL de pie ante la cabaña, que aparece en el tercer volumen de sus cartas publicadas. Se me voló el sombrero un instante antes y lo recobré y volví a ponerme lo en el momento en que apretaban el disparador. Eso me da un aspecto ligeramente ridículo, porque el sombrero está encasquetado encima del cabello, que el viento movía en toda dirección. Pero no hay nada de ridículo en la grave serenidad de HPL, acompañada por una expresión de la más extrema reverencia. Para una mirada retrospectiva esa tarde parece ajustarse a la teoría de la sincronicidad de Jung, en la que acontecimientos muy separados en el espacio y en el tiempo parecen converger de vez en cuando con profética relevancia. (Nunca he sido del todo junguiano,

pero aún así...) En ese momento HPL era desconocido por completo, y no puede negarse que el manto de Poe ha bajado sobre sus hombros.

Poco después de su primera y temprana visita a Nueva York, vendió varios relatos a *Weird Tales* y poco después de su segunda visita mis relatos empezaron a aparecer en la misma revista: en gran parte debido a las cartas que él escribió al primer director, Edwin Baird (y más tarde a Farnsworth Wright) acerca de ellos. Esta es sólo una de las numerosas deudas que no puedo tener esperanzas de pagar nunca, y así se lo dije entonces. Él lo desechó como algo sin importancia, insistiendo en que los relatos habían sido juzgados y aceptados con objetiva imparcialidad. Pero yo sabía que no era así.

Con la publicación de los cuentos de HPL, «La revista Única» —como siempre se denominó *Weird Tales*— asumió un papel realmente único en el campo editorial norteamericano: porque ninguna revista popular y barata anterior se habría atrevido a publicar relatos de horror sobrenatural tan asombrosamente distintos a los cuentos vagos, cargados de clisés, ridículamente melodramáticos que llegaban por lo general a ser impresos, incluso en *The Century* o *The Atlantic*, que en otros aspectos eran el polo opuesto de las revistas populares.

Durante los años en que escribí tantos relatos para las publicaciones periódicas como el escritor de ficción en general o de artículos de periodismo *free-lance* de ese período, cuyas energías se distribuían, desde luego, sobre una zona mucho más amplia, encontré en numerosas ocasiones, y a veces conté entre mis amigos íntimos, al menos a quince escritores cuyo posterior ascenso a la fama llegó a ser más sorprendente para ellos que para mí. Para mí no fue ninguna sorpresa.

Se ha dicho que la profesión de escritor es comparativamente tan pequeña que «todos conocen a todos». Pero aunque haya que tomar eso con bastantes reservas —sobre

todo hoy, cuando la profesión ha crecido— era, y tal vez siga siendo, especialmente cierto en los campos de la ciencia-ficción y la fantasía.

He registrado una cantidad de esos primeros encuentros y, no sin frecuencia, perdurables amistades en antiguos libros de la Arkham House y en otros sitios. Pero hay uno que permanece grabado en mi memoria de modo tan inolvidable que exige que lo vuelva a contar aquí.

Cuando Lovecraft llegó por primera vez a la ciudad de Nueva York, tuvo lugar un encuentro entre dos grandes admiradores de Poe. Siempre he sentido que tuvo el mismo tipo de carácter junguiano, mucho más que la significación meramente coincidente acordable a la temprana visita de HPL a la cabaña de Poe, cuando era desconocido por completo. Describí este encuentro con amplitud considerable en un volumen de Arkham House ahora agotado, *Marginalia*, hace unos treinta años. Puede volver a contarse más brevemente sin disminuir el aura extraña que aún parece cernirse sobre él cada vez que lo vuelvo a traer a mi mente.

En esa época HPL sólo había tenido un breve encuentro con Hart Crane en Cleveland durante el año anterior, en una visita a esa ciudad como invitado de Samuel Loveman, que había conocido y mantenido correspondencia con Ambrose Bierce y conocía a Crane desde la infancia. Loveman era además uno de los primeros integrantes del Círculo Lovecraft, con quien HPL había mantenido correspondencia durante varios años.

Fue en una cafetería del Greenwich Village (una zona de Nueva York mucho más auténticamente «bohemia» en ese entonces que hoy), donde tuvo lugar el segundo encuentro de HPL con Hart Crane. Un personaje bastante rechoncho de pequeño bigote —Crane tuvo ese aspecto durante un breve período— se alzó de una mesa cercana a la puerta cuando entramos y estrechó efusivamente la mano de HPL.

—Hola, Howard —dijo—, me alegro de verte otra vez.